

R 558

.54

C4

—2—

Ya en 1850 el autor alemán, Max Ring, había dramatizado el mismo asunto en su *Die Genfer*. Posteriormente (1881) apareció otra obra escénica con el título de *Servet*, debida á la bien cortada pluma de Albert Hamann.

No está por demás recordar aquí, á la ligera, esa época de persecuciones sangrientas, verificadas en nombre de la religión, época que se asemeja á la de la Revolución Francesa, en que tantas vidas fueron sacrificadas en nombre de la libertad; época que fué, en efecto, el epílogo del *Santo Oficio*, esa terrible institución que es uno de los más grandes crímenes que se deben al Pontificado Romano.

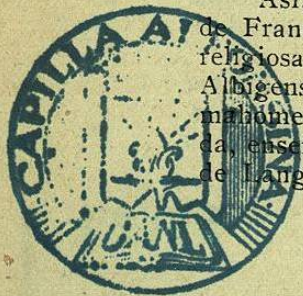
Miguel Servet fué una de las víctimas de la Gran Reforma religiosa, que es la época á que nos referimos.

Hacia el principio del siglo XVI, todas las potencias de la Europa Occidental gemían, por convicción, por conveniencia, ó por la fuerza, bajo el cetro tiránico y sangriento de la Santa (?) Sede.

Cierto es también que ya en los últimos años de la Edad Media, habían existido diferencias de opinión en materias religiosas, diferencias relativas á los dogmas sostenidos á sangre y fuego por la Iglesia de Roma; y ya individualidades, ó grupos de pensadores, comenzaban á hacer esfuerzos supremos por sacudir el yugo de la opresión papal.

La libertad intelectual, heroica siempre, aun en medio del sacrificio, procuraba abrirse paso.

Así, por ejemplo, en el siglo XII, el Mediodía de Francia fué el teatro de una revolución de ideas religiosas, debida á la gran secta herética de los Albigenses, influenciados éstos por las enseñanzas mahometanas de las escuelas de Córdoba y Granada, enseñanzas que habían invadido las provincias de Languedoc y Provenza.



FONDO NUEVO LEON

—3—

Este cisma era una amenaza peligrosa para la Iglesia Romana, y por eso el Papa Inocencio III promovió y llevó á la práctica una guerra de exterminio contra los Albigenses, guerra en que germinó la idea satánica de aquel criminal antecesor de Honorio III y Gregorio IX, de establecer la Inquisición y poner un dique á la difusión de la herejía.

En el siglo XIV Inglaterra sufrió igualmente un sacudimiento antipapal, bajo la poderosa influencia de Wycliffe, cuyas doctrinas contrariaban los dogmas insensatos del catolicismo.

Juan Huss (1373-1415,) de Bohemia, partidario entusiasta de Wycliffe, atacó con denuedo los abusos incalificables del Papado. En venganza ruin, é invocando el nombre del Todopoderoso, ¡la Iglesia Romana arrojó á Juan Huss á la hoguera!

Estas pequeñas revueltas contra el poder absoluto de Roma pontifical, fueron de corta duración, es verdad; pero el Papado consiguió sofocarlas, por de pronto, sólo después de haber quemado vivos á algunos centenares de individuos que no habían cometido otro delito que el de haberse rebelado contra las tinieblas del error y el despotismo criminal de la Santa Sede.

Mas, á pesar de todo, la antorcha refulgente que ha venido á alumbrar la conciencia humana, á fundir las cadenas de la esclavitud intelectual, estaba encendida; y ni el Papado, que siempre ha llevado la muerte en los labios, contrariando así las sabias enseñanzas del Mártir del Gólgota, podría, como no ha podido, ni podrá ya jamás, apagarla.

Wycliffe y Juan Huss habían abierto los cielos de la Reforma religiosa del siglo XVI.

Los primeros años de esta centuria décimo-

sexta dieron origen á las bien conocidas controversias religiosas provocadas por los abusos y los crímenes de la Iglesia Romana, crímenes y abusos cometidos así contra las masas como contra los poderes políticos constituidos.

Eduardo III de Inglaterra, fué el primer gobernante europeo que se resolvió á desconocer la autoridad del Papa, y, por tanto, á no rendirle homenaje alguno.

Wycliffe, *la estrella matutina de la Reforma*, como le llamaban sus admiradores, llevó á cabo una traducción de la Biblia. Esta traducción, que ponía los Libros Santos (?) al alcance de todas las inteligencias, revelaba que muchas de las doctrinas sostenidas por el Papado, así como varias de las ceremonias religiosas impuestas por la Iglesia de Roma, eran absolutamente contrarias al espíritu del Evangelio.

Y hé aquí el principio de luchas hercúleas, luchas que han sido desastrosas para la Santa Sede, pero benéficas para la humanidad en general, porque ellas han venido á establecer la emancipación intelectual.

En tal estado los asuntos político-religiosos, una disputa asáz trivial, comparativamente, vino á provocar una general conflagración antipapal, conflagración que, difícil de contener, propagóse rápidamente por toda la Europa Occidental.

No podía esperarse otro resultado, y menos cuando se presentaba un pretexto tan oportuno.

Un rompimiento de trascendencia tenía que estallar.

El germen de la libertad del pensamiento y de la conciencia, fecundizado por el espíritu progresista de la época, se desarrollaba á impulsos de leyes naturales.

El periodo del obscurantismo y de las ambiciones mezquinas é iniquidades de los Santos (?) Padres, estaba agonizante.

El Vaticano, luchando contra la tormenta que le amenazaba, había agotado sus recursos.

Así es que, cuando León X ascendió á la Silla Pontificia, fué á encontrarse el nuevo *infalible* Jefe de la Iglesia, con un tesoro vacío.

¿Qué hacer en condiciones tan lamentables?

Recurrir á medios torcidos, como de costumbre, á fin de restaurar la plétora pecuniaria en las Arcas del Vaticano.

Necesitábase hacer frente á una revolución antipapal formidable.

León X, pues, reforzó la venta de indulgencias, venta que en otras épocas había prosperado en beneficio de la Santa Sede.

En Alemania los frailes dominicanos obtuvieron del nuevo Gran Mercader del Templo (que no es otra cosa el Jefe de la Iglesia Romana) el monopolio exclusivo para la venta de las tales indulgencias.

Tetzel, el dominico adúltero (!) que, después de haber sido condenado á prisión perpetua por sus crímenes, alcanzó del Arzobispo Alberto la absolución de la pena corporal, como la espiritual del Papa, fué nombrado por este último, ¡comisario apostólico y gerente general de negocios!

Y así autorizado, Tetzel procedió á hacer el más vergonzoso comercio con la venta de indulgencias, al grado de atraerse la censura primeramente, y, por fin, la enemistad de otra formidable orden religiosa: la de los agustinos.

Entre estos últimos encontrábase Martín Lutero, catedrático de *Teología* en la Universidad de Wittemberg. Lutero, aunque permanecía sumiso

á la autoridad del Sumo Pontífice, opúsose de una manera enérgica á la conducta reprochable de Tetzel, y dirigióse al arzobispo de Magdeburgo denunciando los abusos del dominico. No obtuvo la queja del agustino resultado satisfactorio alguno.

Entonces Lutero apeló al pueblo, haciendo fijar á la puerta del Palacio de Wittemberg noventa y cinco tesis ó proposiciones, en las que denunciaba la venta de indulgencias, considerándola como un comercio vergonzoso, contraria á la sana razón y al espíritu de las Sagradas Escrituras.

Tetzel, que ni por un momento abandonaba su ingrata tarea, contestó con ciento diez contra-proposiciones.

Duró por algún tiempo esta lucha de frailes, hasta que por fin sus tesis fueron quemadas por una y otra parte.

Esto acaecía en 1517.

Entretanto, un número considerable de miembros de la nobleza alemana, habiase adherido á la causa de Lutero. Pues no veían los partidarios del gran reformista, razón alguna para que se extrajeran del país enormes cantidades de dinero sin otro objeto que el de robustecer el Tesoro del Vaticano.

Lutero, incansable, y alentado por el eco que encontraba por todas partes, continuó sus trabajos de oposición.

El partido clerical, partido que ciegamente acataba las supremas disposiciones del Papa, manteníanse en su puesto.

León X, ofuscado por un amor propio exagerado, y dispuesto á no consentir la oposición de un solo fraile, oposición dirigida contra sus disposiciones, publicó, en 1520, una *Bula* ó decreto, en que condenaba las proposiciones de Lutero, considerándolas como impías y heréticas.

Lutero, con tal motivo, resolvióse á declarar una guerra abierta al mismo Papa.

Ante una asamblea general del pueblo dió á conocer su última decisión en el asunto, arrojando al fuego en la plaza pública de Wittemberg, juntamente con los decretales de los Papas y los libros del derecho canónico, la *Bula de Excomunión* que le había sido dirigida por León X.

Este acto atrevido de Lutero, que iniciaba de una manera formal la Gran Reforma, fué el principio de aquella lucha religiosa, de aquella magna lucha antipapal.

Toda Alemania, estremecida de entusiasmo, escuchaba solícita la autorizada voz de Lutero, voz de redención entonces para aquel país.

Federico, Duque de Sajonia, fué de los primeros en afiliarse al movimiento reformista, y á él le siguió gran número de otros nobles de influencia por toda Alemania.

El Papa, justamente alarmado ante la rápida propagación de las nuevas doctrinas, trató de tomar medidas enérgicas para sofocarlas.

Por indicaciones de León X, el nuevo Emperador Carlos V reunió, en 1521, una Asamblea ó *Dieta* de príncipes alemanes en la ciudad de Worms, ante la cual debía comparecer Lutero, acusado de herejía. Pero como se negara á retractarse, el célebre reformista fué proscrito del Imperio.

El Emperador, sin embargo, prometió á su Santidad que seguiría haciendo todo esfuerzo oficial á fin de acabar con esta inusitada rebelión contra la autoridad suprema del Papa.

Todo fué inútil.

Con extraordinaria rapidéz propagáronse las

nuevas doctrinas por Suiza Francia, Inglaterra, Escocia y Escandinavia.

Puede decirse que, con raras excepciones, las naciones de origen teutónico abrazaron, entusiastas, la Reforma; mientras que las latinas continuaron, para su mal, rindiendo ciega obediencia á la Iglesia Romana.

Como consecuencia de esto, sobrevino una prolongada contienda entre los Estados *protestantes* y los Estados *católicos*.

En 1529 el Emperador Carlos V reunió una segunda *Dieta* en la ciudad de Spira, en su afán de aplacar el gran movimiento anticatólico. Aquella *Asamblea*, por medio de un decreto, puso á los reformistas fuera de la ley. Lutero y sus correligionarios protestaron contra ese decreto, y de aquí que los partidarios de la religión reformada recibieran el nombre genérico de *protestantes*.

Las raíces de la Gran Reforma religiosa habíanse profundizado.

La suprema autoridad eclesiástica de Roma estaba herida de muerte.

Y fué precisamente este período tumultuoso, tumultuoso por las guerras sangrientas á que dió lugar, durante el cual vivió y promulgó sus doctrinas metafísico-científicas, MIGUEL SERVET—MIGUEL SERVET, ese preclaro talento que, en medio de lucubraciones místicas, fecundizó el terreno en que debía germinar, desarrollándose y llegando á la madurez con Harvey, la semilla de un gran descubrimiento científico.

En las obras dramáticas de Ring, Echegaray y Hamann, alusivas á Miguel Servet, se admiran, sí, bellezas literarias y quizá filosóficas; pero por ellas no se viene en conocimiento más ó menos

exacto acerca de la vida y trabajos intelectuales de quien estuvo á punto de poner en claro uno de los hechos más culminantes de la ciencia fisiológica: *¡la circulación de la sangre!*

Cúpole á Guillermo Harvey (de quien ya nos ocuparemos más tarde quizá,) la gloria de haber sido el primero en demostrar prácticamente este grandioso descubrimiento (la circulación de la sangre), descubrimiento tan notable como el de la vacunación contra la viruela, como el de la anestesia, como el de la antisepsia, y como otros más que han venido á robustecer la ciencia médica en beneficio de la humanidad doliente.

Sin embargo, distinguióse Miguel Servet entre aquellos que precedieron á Harvey en el estudio y explicación del fenómeno en referencia, fenómeno tan generalmente conocido hoy aun por los profanos en la medicina.

Son varias y distintas las ideas que, en los albores de la fisiología, se han tenido así respecto de los órganos comprendidos en el trabajo relativo á la circulación de la sangre, como de las leyes que rigen á este fenómeno.

Los antiguos concibieron y promulgaron diversas teorías concernientes al *movimiento*, pero nó á la *circulación*, de la sangre, no obstante de que sus conocimientos referentes á los órganos anatómicos respectivos, eran casi perfectos.

Así, por ejemplo, Hipócrates, el gran Hipócrates, de Cos (460 377 a. d. J. C), reconocido generalmente, y con justicia, como el padre de la medicina, enseñó que todos los vasos sanguíneos nacían del corazón.

Hipócrates conoció las aurículas y los grandes vasos inmediatos al órgano cardíaco, tales como la

*aorta* y la *arteria pulmonar*, y aun supo apreciar la función fisiológica de las válvulas semilunares de este gran vaso.

Los nombres de *aorta* y *vena cava* fueron propuestos por Aristóteles (384-321; a. d. J. C.), nombres que aun no han sido substituidos por otros. El gran naturalista mantuvo que el corazón elaboraba el líquido sanguíneo, y que dicho líquido, cuyas virtudes eran esencialmente nutritivas, fluía al través de los vasos, pero jamás volvía al punto de partida.

En la célebre Escuela de Alejandría, en Egipto, empleóse por primera vez la palabra *carótida*, nombre de una de las arterias que llevan sangre á la cabeza.

Praxágoras (300-400, a. d. J. C.) fué quien primeramente observó una distinción entre las arterias y las venas, pero eso en cuanto á sus funciones fisiológico-físicas sólamente; porque aunque comprendió que el *pulso* residía en las arterias, y nó en las venas, mantuvo que aquellas contenían *aire* ó cuando menos una especie de gas invisible.

Herófilo (335-280, a. d. J. C.), médico de la Escuela de Alejandría, fué discípulo de Praxágoras, y uno de los más célebres anatomistas de su época. A pesar de que conocía la existencia del pulso, Herófilo, siguiendo las enseñanzas de su maestro, fué uno de los primeros en difundir la opinión errónea de que las arterias sólo contenían *aire*, obtenido éste por medio de la respiración. Fundaba tal opinión en el hecho de que después de la muerte, estos tubos cilíndricos se encontraban *vacíos*, es decir, sin sangre (1)

La misma teoría mantuvo su contemporáneo Erasístrato (340-280, a. d. J. C.), médico también de la Escuela de Alejandría. Erasístrato fué quien

observó y descubrió por primera vez la válvula triangular de la vena cava, y á la cual dió el nombre de *trigloquina*, nombre que suele emplearse todavía en nuestros tiempos, pero que ha venido á ser substituido por el más correcto de *tricúspide*.

Las enseñanzas de Praxágoras, de Herófilo, y de Erasístrato, respecto del contenido gaseoso de las arterias, fueron combatidas por el insigne Galeno (131-201, de la Era Vulgar), no obstante de que durante muchos años después de aquellos célebres facultativos, siguieron siendo aceptadas sin oposición alguna, por distinguidos científicos, filósofos y letrados.

Cicerón sostenía, por ejemplo, á manera de sus antecesores, que el espíritu, ó aire, que se desprendía de los pulmones, era recibido por el corazón y distribuido al través de las arterias, y que sólo por las venas corría la sangre. (2.)

Galeno, el más ilustre de los facultativos de sus tiempos, y de los primeros apóstoles de la ciencia médica; Galeno, el médico más célebre de los tiempos pasados, después de Hipócrates, emprendió extensos trabajos de disección en los animales interiores. Sus observaciones le demostraban la existencia, nó de *aire*, sino de *sangre* en los vasos de que se ha hecho mérito.

El notable sabio había observado repetidas veces que de una arteria fluía el líquido sanguíneo al hacer en ella la más pequeña incisión penetrante, y que, así mismo, la parte de un vaso arterioso, limitada entre dos ligaduras, siempre contenía sangre.

A pesar, en fin, de los anteriores hechos; de que se conocían las contracciones del corazón; y de que igualmente se conocía, con más ó menos exactitud, la naturaleza del pulso, ignorábase en lo ab-

soluto, por aquellas épocas así el origen como la significación de estos fenómenos.

En otras palabras, no se comprendían ni los movimientos ni las funciones verdaderas del órgano cardíaco y sus ramificaciones. La sangre, según los médicos y filósofos de aquellos tiempos, se encontraba principalmente en las venas. El hígado era considerado como el origen de estos últimos vasos, y el movimiento del líquido sanguíneo comparábase tan sólo al flujo y reflujo del mar.

No obstante de que Galeno entreveía la circulación pulmonar, suponiendo que la sangre pasaba á los bofes debido á las contracciones del órgano cardíaco, gran parte de aquel líquido, según él, permanecía en las venas así como en el ventrículo derecho del corazón.

Sostenía igualmente Galeno que una pequeña parte de la sangre pasaba del ventrículo derecho al izquierdo, al través de los *poros* ó *perforaciones* que él suponía existían en el septo ó pared intraventricular del corazón; que en el ventrículo izquierdo se mezclaba con la sangre que había regresado de los bofes por las venas pulmonares, así como con los vapores vivificantes contenidos en esos vasos. Parte de esta sangre, así vivificada, pasaba de nuevo á los pulmones al través de las mismas venas. A la arteria pulmonar se le atribuía un oficio sóloamente: el de nutrir á los órganos de la respiración.

Se sostenía, pues, por Galeno, é igualmente por sus numerosos discípulos, así como por otros que posteriormente se dedicaron á este interesante estudio fisiológico, y muy particularmente por Mondino y Carpi, italianos que vivieron en los siglos XIV y XVI, respectivamente, de la era vulgar, la idea del movimiento *centrífugo* de la sangre.

Parece inexplicable el hecho de que aun para

los comienzos del siglo XVI de nuestra era, la medicina no había alcanzado progreso notab'e alguno.

Fácil es de comprender esta anomalía, sin embargo, al recordar que casi todos los conocimientos humanos, y muy particularmente el de la medicina, han llevado, por largo tiempo, el sello de la tradición.

Hasta en épocas recientes, comparativamente, nadie, en lo general, nadie que se dedicase al estudio y práctica de la medicina, atreviase á separarse del casi incondicional *magister dixit*, so pena de caer en desgracia.

Tal estado de cosas fué siempre un obstáculo formidable para el desarrollo de la ciencia médica.

Y en ésta última, como en las otras ciencias, ha sido difícil, muy difícil, destruir creencias erróneas, creencias arraigadas, y transmitidas á generación á generación, al través de muchos siglos.

Mondino y, doscientos años después, Carpi, ambos catedráticos en la Universidad de Bolonia, fueron los últimos que adoptaron el método rutinario así en el estudio como en la enseñanza de la medicina.

A pesar de que estos anatomistas habían emprendido trabajos que por primera vez, en el transcurso de los siglos, se basaban en la disección del cuerpo humano, ni Mondino, ni Carpi, ni otros quizá, se resolvían á contrariar las opiniones, aunque erróneas, establecidas y propagadas por el gran maestro Galeno.

Las descripciones del ilustre griego eran consideradas como base indestructible para el estudio de la anatomía: cualquiera innovación propuesta, aun en tiempos tan posteriores, habría sido vista como una herejía, como un acto de lesa consideración para el maestro, como una traición, por decir-

lo así, á los grandes principios, ya establecidos, de la ciencia médica.

Esto pasaba en los albores de la décima-sexta centuria de nuestra era, á principios del siglo que ha sido calificado, con fundamento, como *la primavera de la nueva civilización*.

El año de 1514 vió nacer en Bruselas al padre verdadero de la anatomía: Andrés Vesale; á este espíritu investigador que, rompiendo las cadenas de tutelaje á que por tanto tiempo habíase sujetado la medicina, levantó un estudio más ó menos rutinario á la categoría de ciencia.

Vesale abandonó, por erróneas, muchas de las doctrinas anatómicas antiguas; doctrinas sostenidas por Hipócrates, y Aristóteles, por Praxágoras, por Herófilo, por Erasístrato, y por Galeno.

Y á pesar de las enseñanzas de Mondino y Carpi, los más conspicuos representantes de la medicina en la Edad Media, Vesale, desgarrando el velo de dogmas pseudo-científicos, abrió nuevos horizontes para los estudios anatómicos.

Puede asentarse, pues, que en Vesale la medicina europea fué afectada por un nuevo y poderoso impulso; que asumió un carácter esencialmente moderno.

Con el gran médico belga abriéronse de par en par las puertas de la verdadera investigación en todo aquello que se relacionaba con la construcción del cuerpo humano, ó sea la anatomía, base de la más grande y profunda de las ciencias.

A igual de una gran parte de sus antecesores, Vesale conoció el movimiento de la sangre en el sistema hepático; comprendió las funciones fisiológicas de la vena porta y de las venas del hígado; y mantuvo, además, la bien fundada opinión de que existía una anastomosis de estos vasos (venas hepá-

ticas y vena porta), ó cuando menos alguna especie de comunicación entre sí mismos.

Más aún: apartóse Vesale de la doctrina clásica referente á la *transmisión* de la sangre del ventrículo derecho del corazón al izquierdo del mismo. Negó, en apoyo de su opinión, la existencia de perforaciones en el septo intraventricular, á pesar de Galeno y sus numerosos partidarios. Admitió, sí, la existencia de depresiones en la superficie de la pared intraventricular; pero, para él, estas depresiones permanecían impermeables para el líquido sanguíneo.

Según Vesale, la sangre que fluye por la vena cava pasa así al corazón como á los pulmones; igualmente *todas las arterias derivan su sangre del órgano cardíaco*.

Sin embargo, aunque negó la existencia de las perforaciones en el septo, fundado en extensas observaciones, observaciones hechas así en los animales inferiores como en el cadáver humano, Vesale nunca se dió cuenta, de una manera satisfactoria, de cómo se verificaba la transmisión de la sangre del derecho al ventrículo izquierdo.

Este punto dudoso, y cuya aclaración abriría los cimientos de un gran descubrimiento en la ciencia fisiológica, fué resuelto por el médico-teólogo, Miguel Servet, amigo íntimo primeramente, y después, víctima del gran Reformista y criminal suizo, Juan Calvino.

Fué tan extraordinaria, y tan interesante por extraordinaria, la vida de este mártir de la ciencia, Servet, que debemos conocer, aunque sea superficialmente, los rasgos biográficos más notables del distinguido ibero, antes de examinar con alguna